SUMARIO

ADMINISTRACIÓN

Atocha, 127, duplicado, 3.º, MADRID

ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÀRO DHARMAH

NO HAY RELIGION MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

El Devachan

(CONTINUACIÓN)

II. — NO HUMANOS.

Al intentar describir los habitantes no humanos del plano devachánico, nos encontramos desde luego frente á frente de dificultades de carácter insuperable; pues al llegar á los niveles arûpa, nos ponemos en contacto por primera vez con un plano que es cósmico en su extensión, y en el cual, por lo tanto, se encuentran muchas entidades que ningún lenguaje humano puede describir. Al propósito de este escrito será probablemente mejor pasar por alto todas esas grandes huestes de seres cuyo grado es cósmico, y limitarnos estrictamente á los habitantes peculiares del plano manásico de nuestra propia cadena de mundos. Deberá recordarse que en el tratado del Plano Astral se adoptó el mismo procedimiento, no intentando la descripción de visitantes de otros planetas y sistemas; y aun cuando tales visitantes, muy poco comunes allí, son en este plano mucho más numerosos, conviene á todas luces, tratándose de un bosquejo como el presente, seguir ahora la misma regla. Por tanto, unas cuantas palabras sobre la esencia elemental de este plano, y sobre las secciones del gran reino Deva, especialmente relacionado con él, bastarán para lo que aquí se requiere; y con la gran dificultad de presentar aun estas ideas relativamente sencillas, se demostrará de modo concluyente cuán imposible sería tratar de otras más complicadas.

La Esencia Elemental. — Se recordará que en una de las primeras cartas recibidas de un instructor Adepto, se hacía la observación de que el comprender el estado de los reinos elementales primero y segundo era imposible, excepto para los iniciados, cuya observación demuestra cuán imperfecto será el resultado de todos los esfuerzos que se hagan para describirlos aquí en el plano físico. Primeramente convendría que tratásemos de formarnos una idea tan clara como sea posible de lo que es en realidad la esencia elemental, puesto que este es un punto en que al parecer existe grandísima confusión aun entre aquellos que han estudiado mucho la literatura teosófica.

La esencia elemental es, pues, simplemente un nombre aplicado á la esencia monádica en ciertos estados primitivos de su evolución, y la cual puede ser á su vez definida como una corriente de Âtmâ-Buddhi en la materia. Conocemos el hecho de que antes de llegar esta corriente al estado de individualización en el cual sirve de alma al hombre, pasa por seis fases inferiores de evolución á las que sirve sucesivamente de alma: la animal, la vegetal, la mineral y tres reinos elementales. Cuando anima á estos respectivos estados, se le ha dado algunas veces el nombre de mónada animal, vegetal ó mineral, aunque el término es á todas luces erróneo, puesto que mucho antes de llegar á cualquiera de estos reinos se ha convertido, no en *una* mónada, sino en *muchas*. Sin embargo, el nombre se adoptó para expresar la idea de que, aunque la diferenciación en la esencia monádica había ya principiado hacía mucho tiempo, no había todavía alcanzado la individualización. Ahora bien; cuando esta esencia monádica anima á los tres grandes reinos elementales que preceden al mineral, se le da el nombre de «esencia elemental.»

Sin embargo, antes de que se pueda comprender su naturaleza y manera de manifestarse, hay que hacerse cargo del modo cómo Âtmâ en su descenso se envuelve en la materia. Ahora no estamos tratando de la formación original de la materia de los planos por agregación después de un pralaya universal, sino simplemente del descenso de una nueva oleada de evolución á la materia ya existente. Pero antes del período de que estamos hablando, esta oleada de vida ha pasado edades sin cuento evolucionando de un modo que nos es incomprensible, á través de las envolturas sucesivas de átomos, moléculas y células; pero dejaremos á un lado por ahora toda esta primera parte de su estupenda historia, y nos limitaremos á considerar solamente su descenso á la materia de planos que están algo

más al alcance de la inteligencia humana, aunque todavía muy por encima del nivel físico. Téngase, pues, entendido, que cuando Âtmâ se halla en un plano (no importa cuál) en su camino descendente á la naturaleza, y es impulsado por la fuerza irresistible de su propia evolución á seguir adelante al plano inferior siguiente, debe, á fin de poderse manifestar en él, cubrirse de la materia de este plano inferior, atraer alrededor de sí un velo de materia, á la cual sirve de alma ó de fuerza vivificante. Del mismo modo, al continuar su descenso á un tercer plano, tiene que atraer á sí una parte de *su* materia, y entonces tendremos una entidad cuyo cuerpo ó envoltura externa está formado por la materia de este tercer plano; pero la fuerza que la vivifica, su alma, por decirlo así, no será Âtmâ en el estado en que se hallaba en el primer plano, sino que será aquel Âtmâ, más el velo de materia del segundo plano, á través del cual ha pasado. Cuando continúa su descenso á un cuarto plano, la entidad es entonces más compleja, porque tendrá un cuerpo de la materia correspondiente á este cuarto plano, vivificado por Âtmâ dos veces velada por la materia del segundo y tercer plano. Se verá, pues, que repitiéndose este proceso en todos los subplanos de cada plano del sistema solar, cuando la fuerza original llega á nuestro nivel físico, no es de admirar que los hombres no la reconozcan como Âtmâ.

Ahora bien; supongamos que la esencia monádica ha seguido este proceso descendente velándose hasta llegar al nivel atómico del Plano Devachánico, y que en lugar de descender á través de las subdivisiones del mismo, se sumerja directamente en el Plano Astral, vivificando ó agregando en torno suyo un cuerpo de materia astral atómica; semejante combinación estaría constituída por la esencia elemental del Plano Astral perteneciente al tercero de los tres grandes reinos, el que precede inmediatamente al mineral. En el curso de sus dos mil cuatrocientas diferenciaciones en el Plano Astral, atrae á sí muchas y diversas combinaciones de la materia de sus varios niveles; pero éstas son sólo temporales, y por tanto, permanece siendo esencialmente un reino, cuya cualidad característica es la esencia monádica evolucionada sólo hasta el nivel atómico del Plano Devachánico, pero manifestándose primitivamente á través de la materia atómica del Plano Astral.

La esencia elemental que encontramos en el Plano Devachánico, constituye el primero y segundo de los tres grandes reinos elementales; pero el principio de su formación es el mismo que hemos descrito antes. Una masa de esencia monádica (esta expresión es materialista y errónea, pero es difí-

cil encontrar el modo de evitarla) sigue el proceso de velarse hasta el nivel atómico del Plano Búddhico, y luego se sumerge directamente en el Plano Devachánico, sirviendo de alma á un cuerpo de materia atómica devachánica, esto es, de la materia perteneciente al más elevado de los niveles arûpa, convirtiéndose así en la esencia elemental del primer gran reino. En este estado, el más simple y natural, entiéndase bien, no combina los átomos del plano en moléculas, á fin de formar un cuerpo para sí, sino que simplemente les aplica con su atracción una inmensa fuerza compresiva; y en el curso de sus diferenciaciones, agrega en torno suyo diversas combinaciones de la materia de la segunda y tercera subdivisiones, no perdiendo nunca el carácter especial y definido que lo distingue como esencia elemental de los niveles arûpa.

El segundo gran reino, cuya morada es la división rûpa del Devachán, se forma de un modo muy parecido. La esencia del primer reino, después de evolucionar á través de diversas diferenciaciones, durante edades cuya extensión nos es desconocida, vuelve á su estado más simple, no, por supuesto, tal como era antes de esta evolución, sino llevando consigo todo lo que ha obtenido en su curso; y luego se lanza directamente á la cuarta subdivisión del Devachán, ó sea el más elevado de los niveles rûpa, formándose un cuerpo de la materia de este subplano. Este es el estado más simple de la esencia elemental del segundo reino; pero como antes, toma en el curso de su evolución muchas y diversas vestiduras, formadas por combinaciones de materia de los subplanos inferiores.

Pudiera naturalmente imaginarse que estos reinos elementales, que existen y funcionan en el Plano Devachánico, deben estar seguramente, al ser tanto más elevados, más adelante en la evolución que el tercer reino, que pertenece exclusivamente al Plano Astral. Esto, sin embargo, no es así, pues debemos tener presente que al hablar de esta fase de la evolución, la palabra «más elevado» no significa, como de costumbre, más avanzado sino *menos* avanzado, puesto que ahora estamos tratando de la esencia monádica en el curso descendente del arco; y el progreso para la esencia elemental significa, por tanto, el descenso á la materia en vez de ascenso hacia planos superiores, como sucede con nosotros. Si el estudiante no tiene siempre esta circunstancia bien claramente definida en su mente, se confundirá á cada paso con anomalías que le llenarán de perplejidad, y su concepto de este aspecto de la evolución será incompleto y confuso.

Las cualidades características generales de la esencia elemental, se

expusieron extensamente en el Manual del Plano Astral; y todo lo que allí se dice respecto del número de subdivisiones en los reinos y su impresionabilidad maravillosa por el pensamiento humano, se aplica igualmente á las variedades devachánicas; pero debemos decir quizás algunas palabras para explicar cómo las siete subdivisiones horizontales de cada reino se ordenan en relación con los subplanos del Devachán. Respecto del primer reino, su subdivisión más elevada corresponde con el primer subplano del Devachán, mientras que el segundo y tercer subplanos están divididos cada uno en tres partes, cada una de las cuales es la habitación de una de las subdivisiones elementales. El segundo reino se distribuye en los niveles rûpa, y su subdivisión más elevada corresponde al cuarto subplano, mientras que el quinto, sexto y séptimo subplanos, están divididos cada uno en dos para acomodar el resto.

Como en la primera parte de este escrito se habló extensamente respecto del efecto del pensamiento sobre la esencia elemental devachánica, no es necesario que volvamos ahora á ocuparnos del mismo particular; pero debe tenerse presente que, á ser posible, es aquí aún más instantáneamente sensitiva á la acción del pensamiento que en el Plano Astral, habiendo podido apreciar nuestros investigadores la delicadeza maravillosa con que responde á la más ténue acción del pensamiento. Comprenderemos mejor esta facultad, si nos hacemos cargo de que en tal sensibilidad consiste su propia vida, que su progreso depende del uso que de ella se hace en el proceso del pensamiento por las entidades más avanzadas cuya evolución comparte. Si se la pudiese imaginar por un instante enteramente libre de la acción del pensamiento, no sería más que una aglomeración informe de átomos infinitesimales en movimiento, dotada, sí, con una intensidad de vida maravillosa, pero sin hacer progreso alguno en el camino descendente de su involución en la materia. Pero cuando por efecto de los pensamientos de los seres que funcionan en estos planos respectivos es impulsada á formar en los niveles rûpa toda suerte de bellísimas formas, y en los arûpa corrientes resplandecientes, recibe con ello un marcado impulso adicional, el cual, á menudo repetido, la hace marchar hacia adelante. Igualmente es muy marcado en ella el efecto de la música, las espléndidas armonías de gloriosos sonidos de que hemos hablado antes, vertidas en aquellas elevadas regiones por los grandes maestros de la melodía, que llevan allí á efecto, en una escala mucho más grandiosa, la obra que aquí abajo en esta tierra grosera apenas esbozaron.

Otro punto que hay que tener en cuenta, es la inmensa diferencia entre la grandeza y el poder del pensamiento en este plano, y la relativa debilidad de los esfuerzos que dignificamos aquí con este nombre. Nuestro pensamiento ordinario principia en el cuerpo mental en los niveles rûpa, y se reviste, á medida que desciende, de la esencia elemental apropiada; pero cuando un hombre ha avanzado tanto, que tiene su conciencia activa en su verdadero Ego en los niveles arûpa, entonces su pensamiento comienza allí, y se reviste, en primer término, de la esencia elemental de los niveles rûpa, y es, por consiguiente, infinitamente más fino, más penetrante y de más efecto en todos sentidos. Si el pensamiento se dirige exclusivamente á objetos elevados, sus vibraciones pueden ser de un carácter demasiado refinado para poderse manifestar en el Plano Astral; pero cuando afectan á esta materia inferior, lo verifican con un efecto mucho más transcendente que el que se origina tanto más cerca de su propio nivel. Llevando esta misma idea un grado más adelante, vemos el pensamiento del Iniciado surgiendo en el Plano Búddhico, completamente sobre el devachánico, y revistiéndose con la esencia elemental de los niveles árûpa, al paso que el pensamiento del Adepto proviene del Nirvâna mismo, y encierra los poderes tremendos y por completo incalculables de regiones tan fuera de los límites de la humanidad ordinaria. De este modo, á medida que nuestra conciencia se eleva, vemos ante nosotros campos más y más vastos de utilidad, á causa del incremento enorme de nuestras facultades, y comprendemos perfectamente cuán verdadero es el dicho de que el trabajo de un día en niveles tales, puede sobrepujar en utilidad al de mil años en el plano físico.

C. W. LEADBEATER

(Se concluirá.)

VARIEDADES HISTÓRICAS

 POR FILADELFO (M. S. T.)

I

BOSQUEJO ACERCA DE LA EVOLUCIÓN DE LOS HEBREOS

La historia de los judíos interesa particularmente á España, ya que vivieron muchos años en la Península gozando de gran influencia en este país, influencia que sólo la Inquisición consiguió destruir.

No tiene por objeto el presente estudio recordar aquella historia, sino el de exponer, á manera de bosquejo, las creencias religiosas actuales de los israelitas, sus costumbres y hábitos, así como los conocimientos esotéricos ocultos en los antiguos libros sagrados de la raza.

Conviene, ante todo, sentar el principio de que la revolución francesa determinó un cambio radical, profundo, iniciando una fase especial en la evolución intelectual, moral y étnica del grupo semítico.

Hasta el siglo XVIII, el *ghetto*, las prohibiciones legales y jurídicas, y la hostilidad de los pueblos cristianos, prestaron á los israelitas un carácter aparte. Estos no podían salir de ciertos barrios, y sólo se les permitía ejercer un número de profesiones limitado; así es que apenas les alcanzaba la influencia de la civilización general.

De todo ello resultó entre los perseguidos, un culto fervorosísimo á las costumbres nacionales y religiosas, y á la tradición de sus antepasados, y también una gran estrechez de miras, origen de infinidad de prejuicios de todas clases. Falta de luz, languideció la planta semítica, y sólo se desarrolló en una dirección única: el comercio del dinero, la banca, la usura.

Papas y emperadores imploraron los servicios, y valiéronse con frecuencia de la habilidad de los judíos, á los que, después de prestados aquéllos, rechazaban.

Mas esa protección intermitente, y á pesar de los suplicios, de las persecuciones y de la hoguera, no les impidió alcanzar el fin de la Edad Media y seguir existiendo hoy día.

Dos rasgos principales destácanse, pues, claramente: ejercicio de un número muy restringido de oficios; vida colectiva concentrada en el *ghetto* fuera de las ciudades, ó en barrios rigurosamente delimitados.

De este estado de cosas nació un profundo misticismo. El alma judía, triste y dolorida, concentróse en sí misma, buscó su inspiración en los antiguos escritos, aplicando á la letra todas las costumbres, todas las prescripciones en aquéllos indicadas.

Veían á Dios en todas partes; en todos los asuntos intervenía el Zebaoth — el Jehovah — que á pesar de las adversidades de los tiempos, protegía á su pueblo.

Invocábanle día y noche en el hogar y en la Sinagoga al amanecer, y antes de recogerse por la noche, después de haber meditado el Antiguo Testamento en el que hallaban la fuerza, el valor y la resignación.

Esa ardiente piedad degeneró en fanatismo: gran número de oraciones é invocaciones fueron compuestas durante aquella época tan turbada, y aún se recitan hoy día en las Sinagogas.

¿En qué consistían realmente aquella piedad, aquellas prácticas?

En ayunos y maceraciones del cuerpo; en el estudio continuo de la Biblia y sus comentarios: Mischnah-Talmud-Peraschim; en grupos formados por lo menos de diez hombres, que se asociaban á fin de contribuir á la obra común, aportando cada cual su erudición rabínica é invocar al Jehovah que tan cruelmente castigaba y ponía á prueba á su pueblo; en asistir con asiduidad constante, durante todo el año, todos los días á los oficios religiosos, bien fuera en el templo, en el modesto oratorio ó en una habitación interior más humilde aún.

La moral del Decálogo de los Diez Mandamientos: tal era la fuente inspiradora de la glosa de los eruditos.

Una prodigiosa florescencia de escritos teológicos tuvo lugar que sobrepujándose unos á otros, dió nacimiento á una casuística asombrosa que bajo el cúmulo de sus comentarios y la multiplicidad de sus detalles, casi ahogó los grandes principios, originando esa teología que se convirtió en la peor de las tiranías, cual sucede siempre que se hace caso omiso del espíritu y sólo se observa la letra.

Remóntase el origen de los casuistas á la destrucción del templo de Jerusalén por los romanos, bajo los reinados de los emperadores Tito y Adriano.

Destruida ya la nacionalidad política y religiosa, la vida refluyó hacia las cosas del alma; formáronse centros de estudio en Tiberiada, Jerusalén y Jafa, agrupándose en ellos hombres de todas condiciones y oficios, y unidos por el lazo común siguiente: el estudio de la Ley, el culto de las cosas espirituales, los trabajos para la salvación del alma, la conservación del paladión de la raza: la Thora, antorcha y guía de las generaciones presentes y futuras.

En el origen confiábanse todos esos estudios á la memoria de los hombres, y de este modo transmitíase la tradición; pero acentuándose gradualmente la dispersión, cuidáronse de extender por escrito todas las disposiciones religiosas y civiles. El redactor principal de este trabajo fué un rabino llamado Jehuda Hanasie (el Príncipe).

(Se continuará)

(Traducido del francés.)

CARTAS Á UN SACERDOTE CATÓLICO

(CONTINUACIÓN)

II

Mi querido amigo:

Me alegro mucho de que me hagáis la justicia de reconocer que no escribo, en el sentido ordinario de la palabra, *contra* el Cristianismo. No hay temor de que lleguéis á oir de mí frases tales como «los estúpidos é irracionales aditamentos del Protestantismo sin educación», ó «los asertos infundados de la Iglesia Romana», y otras semejantes. Para mí, el Cristianismo sigue siendo digno de todos los respetos, como tentativa para expresar, aunque «con los vacilantes pasos de la infancia», las verdades más profundas de *toda* religión. Sólo un amor propio de los más triviales puede cometer la ligereza de considerar como meros «absurdos» las formas por cuyo medio la Luz Eterna se ha mostrado á las almas más nobles de Occidente, durante dieciocho siglos. A pesar de lo materializadas que hoy se encuentran, son, sin embargo, suficientes para las necesidades espirituales de la mayor parte de una humanidad que no ha pasado todavía ni tan siquiera de su infancia.

Pero, por otra parte, esta misma humanidad está ya tan avanzada, que ha empezado á producir un número, cada vez mayor, de almas en un estado de desarrollo tal, que las obliga, por su propia naturaleza, á romper estas formas para pasar á una religión más elevada y pura; aunque precisamente estas mismas almas más nobles son las que jamás, bajo circunstancia alguna, hablarán con desdén de las religiones que, como Virgilio á Dante, los han llevado «con cuidado y habilidad» al punto desde donde han de continuar su progreso bajo una dirección superior. Lo que deseo hacer en estas cartas, es justificar su posición, demostrando, que aun concediendo al Cristianismo todo el crédito que para el pasado pretende, no puede, sin embargo, proporcionar á nosotros, los del fin del siglo XIX, un concepto de Dios, del mundo y de nuestras relaciones con ambos, que pueda satisfacer nuestra razón y menos aún nuestra intuición.

Lo que yo sostengo es que la mente del siglo XIX no es la del siglo V ó XIII; que el Dios que hicieron y adoraron, con todo el buen resultado para ellos que se quiera, no es (por muy dura que la afirmación parezca) el que *nosotros*, en nuestro estado presente de sentido moral, podemos reverenciar sin violentar las más hondas aspiraciones y los sentimientos más nobles de nuestro corazón. Basta fijarse en los artículos de nuestra creencia con imparcialidad, para ver que Él no es bastante bueno, ni bastante justo, ni noble para satisfacer á almas á quienes los siglos que han pasado les han hecho ya tener vislumbres de algo superior á los ideales más levantados de tiempos anteriores. Diferente hubiese sido si las almas buenas y santas que dieron cuerpo á esta creencia, no hubiesen sido engañadas por la supuesta necesidad de introducir en su plan de amor y sabiduría divinos, toda la suspicacia y crueldad del Jehovah de las escrituras judías. Si no hubiesen caído en este error fatal, no hubiese habido motivo para mi tarea presente; pero tal como las cosas están, hay que hablar aunque sea á pesar nuestro.

Desde este punto de vista, comprenderéis que hay que descartar la parte *personal* de vuestra contestación, tal como que soy demasiado sensible, demasiado imaginativo, que no parto de un concepto justo, que el mundo no es, después de todo, tan malo, etc., como cosas para cuya discusión no es suficientemente larga la vida. De buena gana os concedo que al considerar al desgraciado niño que os describí, es duro *no* creer que por una causa ó por otra, Dios estaba colérico contra él aun antes de su nacimiento; pero examinemos por un momento la explicación que presentáis. Decís que hace seis mil años el primer hombre y la primera mujer comieron una manzana de un árbol que Dios Todopoderoso les había prohibido, y que por esta razón Dios odia toda su posteridad y la seguirá odiando mientras dure el mundo. Ahora bien; aun cuando esto *fuera* así, no contesta en modo alguno á mi objeción ó saber, la enorme *desigualdad* del nacimiento. Si todos hemos «pecado con Adam», todos debemos ser igualmente castigados por ello. Pero dejando esto á un lado, detenéos tan sólo en haceros la siguiente pregunta: ¿Es el que yo adoro un Dios ó un Demonio? Decís que fuimos hechos á la imagen de Dios, pero que la perdimos. ¿Es que no debemos verdaderamente congratularnos de que nuestro odio peor, el más implacable y cruel que podamos engendrar, no llegue ni remotamente á aproximarse á *semejante* ideal del odio? Y si preguntamos, con mucha razón, en dónde está la *justicia* de esta creación

continua, generación tras generación, de nuevas almas para cargar con este peso del odio de Dios por el pecado de Adam, de modo, que como dicen vuestros propios teólogos, el comer aquella manzana ha sido una desgracia mayor para la humanidad que todos los males que la han fustigado desde entonces, contestáis que Dios es infinito, y que, por tanto, cualquier desobediencia á Él es un crimen infinito digno de todos los castigos posibles *en la eternidad.* ¡Cielo Santo! Semejante doctrina pudiera ser profesada por los atemorizados cortesanos de un loco cruel y omnipotente como Nerón ó Heliogábalo; sería acaso posible para un Luis XIV, enseñado desde la infancia á creerse un dios entre cortesanos adoradores, ¡pero decir semejante cosa de un Dios todo sabiduría y todo bondad! La costumbre de repetir perpetuamente una misma frase, llega á embotar nuestras concepciones; millones de personas buenas, santas y sin malicia, dicen efectivamente esto de su Dios, sin pensar mal; pero tratemos de fijar nuestra mente para darnos cuenta de lo que en realidad decimos. ¿Podréis vos, os atrevéis á asegurar que cualquiera que no proceda de una casa de orates, puede creer esto de su Dios, ó que pueda haber alguien tan loco que *ame* á un Dios de una crueldad tan inconcebible? No; si esto es la Revelación, volvámonos á la Idolatría; el salvaje más ínfimo jamás ha imaginado un ídolo tan absolutamente indigno de reverencia. ¡Si «los dioses de las naciones no son sino ídolos», al menos no son Jehovah!

¿Es que mejoráis la situación diciéndome cuán facil es levantar este terrible peso de la cólera divina, pues sólo es necesario que alguien vierta un poco de agua sobre la cabeza del niño, murmurando una docena de palabras para que todo quede bien? De ningún modo; todo lo que hacéis es añadir á una crueldad inconcebible una ligereza de mente (no hay otra palabra para expresarlo) aún más inconcebible: precisamente la cualidad más antogónica que sea posible atribuir á Dios. Pues vuestro argumento fundamental es que Dios *tiene razón* para estar encolerizado con el niño (por más que todos vuestros esfuerzos no puedan descubrir una razón cualquiera que podáis explicar); ¿y podrá concebirse que unas cuantas palabras pronunciadas y una poca de agua vertida sobre un niño inconsciente hayan de variar esa *causa* desconocida de su cólera? Y si decís que es una acción simbólica inventada por un Dios amante como pretexto, por decirlo así, para un perdón que desea otorgar, como el salpicado de sangre en las puertas de las casas de los judíos en Egipto, para cuando el Angel de la Muerte pasara por allí, debo recordaros con sentimiento,

que con arreglo á vuestra misma opinión, transcurrieron sin ello cuatro mil años, y que la mayor parte de la humanidad no ha tenido ni tiene hoy mismo, ni tendrá jamás, conocimiento de tal cosa. Si esto es, en verdad, amor, sólo puede ser el de un Ser de poder limitado, que gobierna por algo parecido al antiguo destino que está por encima y más allá de Él; si un Dios Todopoderoso y sabio ha *deseado* que todos los hombres se salven, éstos han debido salvarse aun á pesar del «libre albedrío».

(Se continuará.) ARTHUR A. WELLS.



LA FILOSOFÍA SÂNKHYA

POR

BERTRAM KEIGHTLEY

(CONTINUACIÓN)

La filosofía *Sânkhya* ha sido llamada generalmente por los escritores occidentales, el sistema racionalista *por excelencia* del pensamiento indio. Y ha sido llamada así con algún fundamento, porque si bien los aforismos de Kapila, á quien se atribuye el origen de este sistema, así como la primitiva obra de Ishvara Krishna admite (1) «un competente testimonio» [que subsiguientemente es identificado con el *Shruti* ó revelación váidica (2)], como una de las tres clases admitidas de prueba, sin embargo, formando vivo contraste con la *Vedânta*, la más antigua filosofía *Sânkhya*, casi nunca apela al testimonio de las escrituras para probar un punto concreto, basando enteramente sus doctrinas en la percepción y en la inferencia. En realidad, la revelación ó *Shruti* parece ser admitida únicamente *pro forma*, á fin de justificar la «ortodoxia» del sistema, puesto que muy raras veces se apela á su autoridad, y algunas de las doctrinas que parecen figurar de un modo principal en las Escrituras, son impugnadas directamente.

Por otra parte, la filosofía *Sânkhya* da por supuestas muchas cosas para las cuales el occidente de hoy día pide pruebas; de la propia manera

(1) *Sânkhya Sûtras*, libro I, afor 88.
(2) *Sânkhya Kârikâ*, afor. 5.

que la mayoría de pensadores occidentales acepta sin examen ni discusión diferentes suposiciones que «todo el mundo conoce», sin soñar siquiera pedir pruebas para las mismas. Siempre ha sucedido otro tanto en todas las épocas y en todos los países, con la sola diferencia de que estas suposiciones no discutidas difieren según los casos, admitiendo cada nación, como una verdad innegable, que sus suposiciones particulares son evidentemente las que corresponden á las realidades de la naturaleza y de la vida. Así es que en toda la serie de escuelas de la India encontramos la tácita suposición de que, si debe rechazarse el materialismo, la única alternativa concebible es el renacimiento del alma repetidas veces en nuestra tierra. David Hume, el escéptico inglés que todo lo ponía en tela de juicio, era de esta misma opinión; pero la mayor parte de los pensadores occidentales de nuestros días, pedirían seguramente pruebas de ello. El Sânkya, sin embargo, habiendo discutido y refutado para siempre el materialismo de los Chârvâkas, ni tan sólo considera la cuestión del renacimiento, sino que tácitamente la da por supuesta, juzgándola como la única alternativa posible.

Los argumentos, dicho sea de paso, con que este sistema rebate el materialismo, son muy dignos de tenerse en cuenta, por razón de que en su mayor parte tienen la misma validez hoy que algunos siglos atrás, pues todos nuestros progresos científicos no han podido alterar ó disminuir su fuerza. Así es que la existencia del alma es reputada como evidente por sí misma, puesto que se halla implicada en cada forma de conciencia; pero este argumento encaja también en la forma más específica de que el alma está implicada en la misma naturaleza del «yo,» especialmente en aquellos conceptos más generales, como «yo percibo,» desde el momento en que «esta conciencia del *yo* es tan imposible sin la existencia de un alma, como una sombra sin un cuerpo que la proyecte, ó una pintura sin algo en donde se fije lo pintado.» Un argumento muy característico de la escuela *Sânkhya,* revela hasta qué punto deben de haber sido manoseados todos estos problemas antes de que nosotros tuviésemos noticia de dicho sistema. La discusión y crítica intelectual de demostración deben de haber continuado por espacio de muchas generaciones antes de que hubiese obtenido universal aceptación un principio tan general como el de que «toda cosa compuesta existe en virtud de alguna otra», principio que es usado por la filosofía *Sânkhya,* como premisa mayor en este silogismo: «Desde el momento en que toda cosa compuesta existe por

virtud de alguna otra, y que el cuerpo es considerado como un compuesto, debe existir alguna cosa más, no compuesta, por cuya causa el cuerpo existe, y esta cosa es el alma.» Hánse presentado varios otros argumentos, tales como el de que siendo la materia no inteligente, debe haber un regulador inteligente del cuerpo, que nos explique la inteligencia desplegada por la forma material, que *ex hipotesi*, es no inteligente; y á esta misma conclusión se llega partiendo del hecho admitido de que una misma cosa no puede ser á un mismo tiempo el objeto sentido y la conciencia que lo siente. En cierto modo, la cuestión del materialismo está plena y abiertamente impugnada, y todos los siglos que han transcurrido desde entonces, no han podido sustraerse á la fuerza de la lógica desplegada por los antiguos pensadores indos.

Otro punto que estos filósofos indos — una vez admitida el alma — consideraban como evidente por sí mismo, pero que los hombres de nuestra época distan muchísimo de comprender en realidad, es que la ley de causación debe aplicarse tan rigurosamente al mundo interior de las actividades morales é intelectuales, esto es, á lo que podríamos denominar la vida del alma, como á los procesos del mundo de la densa materia física. De ahí se sigue que el porvenir de cada alma, su carácter y naturaleza, así como las circunstancias que la rodean, deben ser exacta y rigurosamente el resultado directo — según la ley de causación — de sus propias actividades anteriores y las consecuencias producidas por ellas. En otros términos: consideraban los filósofos indos lo que nosotros deberíamos llamar la Ley del *Karma* como un hecho que lleva la evidencia en sí mismo, y basaban ciegamente en dicha ley todos sus juicios.

Presentados ya los puntos más esenciales referentes á la ordinaria atmósfera mental de nuestros filósofos indos, podemos abordar con más seguridad el estudio del sistema *Sânkhya*, tal como ha llegado hasta nosotros en su exposición más autorizada, á saber: los *Sânkhya Sutras*, generalmente atribuídos al sabio Kapila, al mismo que, según refiere el *Vishnu Purâna*, redujo á cenizas los sesenta mil hijos del rey Sagara con una sola mirada de su tercer ojo; y especialmente el *Sânkhya Kârikâ* de Ishvara Krishna, que es probablemente el más antiguo, así como uno de los mejores y más fieles expositores del indicado sistema.

Aquel que lea por vez primera estos tratados — que figuran entre las traducciones publicadas de la colección *Trübner's Oriental Series* — se sentirá, yo creo, impresionado desde los primeros instantes por el intenso

sentimiento de realismo y por el carácter práctico que en ellos se descubre. El fin y objeto de este sistema, la meta de sus aspiraciones, su verdadero ideal, se halla desde luego expuesto de una manera clara é inequívoca ante los ojos del lector, siendo dicha tendencia eminentemente práctica. Todos nosotros estamos más ó menos familiarizados con el dolor y el sufrimiento. Ninguno de nosotros, ni aun el más afortunado, habrá dejado de experimentar el dolor, bien sea físico, á causa de una enfermedad ó accidente, ó bien moral, por la pérdida ó separación de seres amados, por halagüeñas esperanzas fallidas, por amargos desengaños ó por deseos no satisfechos. Así es que todos nosotros sentimos que estos pensadores de la antigüedad están pulsando una cuerda que halla eco en nuestro interior, cuando ellos establecen como objeto de la filosofía *Sánkhya*, el realizar la «completa cesación del dolor.» Luego nos enseña la experiencia que por un lado los medios visibles ó físicos para calmar el dolor, tales como medicinas, goces de los sentidos, etc., no son absolutos ni completos, ni tampoco el alivio que ellos proporcionan es duradero ó persistente. Iguales objeciones pueden hacerse también á los llamados medios «revelados», como son los sacrificios, austeridades, ceremonias religiosas y otros actos prescriptos en los *Vedas* para obtener las regiones celestes ó cualquiera otra cosa que pueda un hombre desear, y hasta á los poderes extraordinarios alcanzados por el *Yoqui* mediante las prácticas especiales de la escuela *Yoga*, porque la posesión de tales poderes, como toda otra posesión, es igualmente transitoria. Dice un texto: «todos los seres vivientes, sin excepción alguna, experimentan el dolor causado por la vejez y la muerte; todos ellos, hasta el gusano, participan del temor de la muerte, expresado en este deseo: «¡Que no cese yo de existir, que yo viva!» Y lo que motiva el temor, es el dolor; por consiguiente, la muerte es un dolor.» De ahí se sigue que ninguno de estos medios es bastante para que uno logre escapar para siempre del dolor. En realidad — sigue diciendo la *Sánkhya* — la cesación completa del dolor es posible únicamente cuando llega á su fin el *Samsára*, ó sea la rueda que constantemente gira presentando continuas alternativas de vida y muerte; en otras palabras, la emancipación final del dolor es lo mismo que alcanzar la liberación.

(Se continuará.)



ESTUDIOS ACERCA DEL BUDDHISMO

(CONTINUACIÓN)

Los dos escritores cuyo libro y artículo se han discutido últimamente, no se hubieran enredado en la madeja de errores que sus argumentos exhiben, si no hubieran tenido preparado el camino para ello por anteriores críticas de la doctrina del Buddhismo. Hemos visto de qué modo tan extraño y erróneo interpreta el Dr. Rhys Davis esta Doctrina en lo que se refiere á la existencia del alma, en el curso de sus *Hiblert Lectures* (Conferencias de Hibbert). El escritor francés de «Las Religiones en la India», A. Barth, (1) cuya obra ha sido traducida al inglés, ha tenido bastante penetración para percibir que el sabio Pali no ha apreciado el espíritu de las valiosas traducciones que debemos á su erudición. Mr. Barth resume la relación del Dr. Rhys Davis sobre la doctrina buddhista como sigue: «El buddhista, estrictamente hablando, no revive, sino que es otro, por decirlo así, el que revive en su lugar; y á fin de evitar á este otro, que ha de ser el único heredero de su Karma, los dolores de la existencia, aspira él al Nirvana. Tal es, en todo caso, la doctrina de los libros Pali..... según la opinión de los eruditos de más autoridad que han tenido la ocasión de estudiar el asunto en el mismo país.» Pero Mr. Barth continúa: «¿Ha sido esta doctrina tan esplícitamente formulada en las enseñanzas del Maestro? Nos permitimos dudarlo. De una parte, los libros sanscritos del Norte parecen conceder algo permanente, un ego que pasa de una existencia á otra. De otra parte, sería muy difícil de explicar, á lo que parece, cómo el Buddhismo, no satisfecho conque se acepte la aniquilación como el bien supremo, haya hecho desde un principio este propósito más difícil todavía, representando el perseguimiento de este bien como un puro acto de caridad.»

Desgraciadamente, Mr. Barth, aunque repelido, por decirlo así, del *reductio ad absurdum* del error ordinario en que han caido Spence Hardy, Gogerly, Bijandet y Rhys Davis, prefiere una posición intermedia para él en lugar de llevar á una conclusión lógica la certeza que siente de que ninguna gran religión podia haberse fundado en la base inadmisible de semejante error. Después del pasaje que acabamos de citar, dice: «Pero de ningún modo puede este ego, vagamente comprendido y débilmente bosquejado, compararse, por ejemplo, con el alma imperecedera de la filosofía Sânkhya.» ¿En qué se funda para suponer que está vagamente

(1) Por el Rev. J Wood, publicado por Trubner y C.ª

comprendido y débilmente bosquejado? Nuestros traductores sólo han ahondado hasta ahora en la masa de la literatura buddhista para traer á la superficie, en beneficio del lector occidental, solamente aquellos fragmentos que más les han chocado; y hay escritos, aún sin descubrir, que pueden aclarar perfectamente esta doctrina de la persistencia del Ego, en lugar de dar el asunto por terminado, como se hace en el texto ya dado á conocer. Pero los críticos del Buddhismo, mientras tanto, pasan por alto el hecho importantísimo que sólo reconocen de tiempo en tiempo para volverlo á olvidar seguidamente, de que el Buddhismo no intentó desde el principio reconstruir ideas religiosas, sino purificarlas y ampliarlas. «El alma simple é imperecedera» de la filosofía Sânkhya es sólo un *item* de la creencia Brahmánica fundada en los Vedas, y todo lo que es esencial en las creencias indias acerca de Dios y del hombre, tiene que amalgamarse con la interpretación buddhista de la Naturaleza, á fin de no perder el punto de vista desde donde Buddha enseñó á sus discípulos á considerar estas ideas. Según Mr. Barth observa acertadamente, el Buddhismo era «un fenómeno indio, un producto natural, por decirlo así, de la época y de la atmósfera social que presenció su nacimiento, y en esta «atmósfera social no le choca á Mr. Barth que pueda haber alguna duda acerca de la supervivencia del alma, pues nos dice de un modo como si fuera un hecho indubitable, que el indio piadoso «espera ir á *Swarga*, que es el cielo de Indra y de los dioses en general». Ir á tal ó cual sitio después de muerto, parece un proceso inteligible y claro para la mente occidental, educada en hábitos de pensamiento que han asignado, no sólo una localidad, sino hasta atributos físicos á los estados *post mortem* de la humanidad; pero á la verdad, si el Buddhismo se refiere á algunas de las complicaciones relacionadas con los destinos del alma de un modo que implica que todas las posibilidades de su progreso no se concretan en la noción de «ir á» ésta ó aquélla región, esto no es necesariamente negar toda supervivencia espiritual, sino tan sólo combatir un punto de vista grosero de la vida espiritual.

Hemos visto que al discutir el asunto con el «amo de casa» — el hombre que se contenta con tener una vida ordinaria en la tierra, y sólo aspira á un estado *post mortem* normal — Buddha trata la teoría de que un hombre bueno se encontrará después de la muerte en un estado feliz «en el cielo» como cosa que no ofrece duda. Con este punto de partida sólo se necesita combinar esta teoría con la doctrina buddhista constantemente repetida de la reencarnación, para llegar á una comprensión por completo independiente de todo texto dudoso, acerca *de lo que debió ser* la enseñanza buddhista original respecto al progreso del alma. Es un error, aun en el caso de tener un cuerpo de escrituras aparentemente completo en que fundarnos, deducir las enseñanzas de una religión cualquiera, sujetándolas demasiado á los textos; y el error es doble en el caso

de que sólo se disponga de un cuerpo de escrituras fragmentario é imperfecto, se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que las deducciones lógicas inevitables de las principales doctrinas de una religión, han formado parte de su creencia en los días de su primitiva pureza; así, pues, la verdad manifiesta es que el concepto buddhista del destino del alma comprende la noción de la inmortalidad, sin aceptar en ninguno de sus estados de progreso el atributo de la inmutabilidad para el alma. El *Ego* del hombre bueno nace *primeramente* en un estado dichoso en el cielo; pero finalmente, una vez que ha satisfecho su derecho á la felicidad espiritual, vuelve á la vida terrestre. No necesitamos, á la verdad, tratar este concepto como buddhista en un sentido exclusivo, pues es propiedad común á casi todas, y probablemente á todas las formas de creencia indias. Los nombres que se dan á varios estados de existencia, pueden variar mucho entre las diversas sectas; pueden emplearse diferentes sistemas de simbología para dar cuerpo á los mismos principios fundamentales, ó para cubrirlos con diferencias metafísicas sutiles, á las cuales los pensadores europeos no dan, por regla general, mucha importancia; pero la idea de que la evolución del alma humana se verifica por encarnaciones sucesivas en la vida corporal, con períodos de reposo y paz espiritual, está mucho más difundida que el Buddhismo, como ya he dicho, pero en todo caso es también esencialmente buddhista. Si alguna cosa en un escrito buddhista sugiere al lector occidental la impresión de que la identidad del Ego permanente está «débilmente bosquejada», es debido sólo á lo complejo de la idea (comparada con el concepto elemental europeo de «ir al» cielo ó al infierno después de la muerte), y no á su debilidad ni á su pobreza. Por ejemplo: todo el misterio de la identidad individual á través de encarnaciones sucesivas, no acompañadas de la memoria específica de aventuras ó sucesos mundanos, está envuelto en el carácter doble de la supervivencia del alma, con arreglo á la creencia buddhista adoptada de la religión Brahmánica en general. La memoria específica de los intereses transitorios asociados con cada vida física, se agota necesariamente en el período intermedio de existencia espiritual. Si cualquiera quiere considerar el asunto desde el punto de vista de las ideas científicas, verá que no puede ser de otro modo, si hemos de reconocer que los efectos son producidos por causas. La existencia espiritual es necesariamente subjetiva con respecto á la fuerza que la perpetúa. La intensidad del sentimiento del alma por las aventuras, incidentes ó emociones de su última vida física, es evidentemente la energía que en los planos superiores de la Naturaleza se traduce (relativamente) en vida espiritual. Mientras esta energía continúe activa, la vida espiritual persiste como una consecuencia de ella.

A. P. SINNETT

(Se concluirá.)

BHAGAVAD GÎTÂ

(EL CANTO DEL SEÑOR)

Hemos recibido ejemplares, y se han puesto á la venta, de esta gigantesca obra de la literatura oriental, cuya versión castellana, hecha en vista de las mejores ediciones inglesas y francesas, y enriquecida con notas y aclaraciones por nuestro hermano de Barcelona D. J. Roviralta Borrell, nada deja que desear al más exigente en achaques literarios, así como no desmerece lo más mínimo en cuanto á exactitud de la dicción, claridad de la frase, pulcritud de la forma y absoluta exquisitez, con más otros pormenores que la avaloran grandemente y la hacen necesaria á todo teosofista estudioso, ya que tal libro es de lo más preciado que en Ocultismo existe, y merecedor, por tanto, de ser adquirido por todos; pues razón sobrada tenía César Cantú cuando dijo que «el Oriente no ha dejado ninguna obra más grandiosa que ésta, ni más digna del estudio de los eruditos;» y no menos razón tenía E. Dumeril al decir que el *Bhagavad Gîtâ* «no es solamente un poema de una forma espléndida y maravillosa, en el cual, como en la mayor parte de las grandes producciones del genio indo, la poesía sólo ocupa un lugar secundario, sirviendo de pretexto á determinadas especulaciones filosóficas, sino que, principalmente, «es un Evangelio, una buena nueva anunciada al mundo por un Dios que temporalmente se hizo hombre para llevar, hace más de 2.000 años, la resignación y la esperanza á millones de desheredados de los bienes y felicidades de esta tierra.» De este maravilloso Evangelio, que deben estudiar asiduamente y meditar todos cuantos se hallen con el corazón lacerado por la desventura ó el infortunio, no existe, que nosotros sepamos, más traducción completa que esta de nuestro querido hermano Roviralta; traducciones parciales de alguno que otro capítulo, sí conocíamos algunas, hechas por periódicos católicos, los cuales, acaso, acaso sin comprender la transcendencia inmensa de lo que tradujeron, la sirvieron, en parte, á sus lectores; pues hay que advertir — como dice muy bien el Sr. Roviralta — que «esta obra es profundamente *esotérica;* esto es, una obra en la cual, bajo el velo de la ficción, se exponen las verdades más augustas y trans, cendentales, ocultándolas hasta cierto punto á las miradas de las masas- á fin de evitar dolorosas profanaciones,» y que (sigue el Sr. Roviralta) «el autor del poema, lo mismo que Moisés, Cristo, Buddha, Zoroastro y otros grandes iniciados, emplearon siempre un lenguaje enigmático y lleno de alegorías, para explicar los «*misterios* del reino de Dios,» á fin de que las gentes «viendo, no vean, y oyendo, no entiendan.»

Esta gigantesca obra se recomienda sola por su altísimo mérito, teniendo razón el autor inglés que dijo que sobrepuja tanto á la *Iliada*, á la *Odisea*, á la *Jerusalén libertada* y á los *Lusiadas*, como las pirámides de Egipto á los templos griegos.» Se recomienda por sí solo, pues, á los que estén ávidos de saber; á los que prefieran los puros goces del espíritu al bullicio del mundo; á los que deseen bálsamo bienhechor que trueque sus angustias en apacible calma; á los amantes de la más hermosa de las poesías; á los sabios, á los filósofos que deseen encontrar cumplida contestación á las arduas cuestiones: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?, y otras por el estilo; en fin, á todos conviene la lectura y medi-

tación de esta obra colosal, es decir, á todos los que, sin prejuicios de ninguna clase, busquen la verdad por amor á la verdad misma.

Forma un volumen de 238 páginas y lindísima cubierta, siendo su precio *dos* pesetas ejemplar y *una* á los suscriptores de Sophía.

NECROLOGÍA

ANTONIA MARTÍNEZ ROYO

Hemos recibido de la Rama de la Sociedad Teosófica de Buenos Aires, la siguiente noticia bibliográfica necrológica, para su publicación en nuestra Revista, y nos asociamos de corazón al sentimiento que embarga á nuestros hermanos, por la gran pérdida que acaban de sufrir con la desencarnación de la que proclaman como fundadora y primer Presidente de aquella Rama:

«Ha muerto en Buenos Aires, víctima de una enfermedad penosa, prolongada y desconocida, la Sra. Antonia Martínez Royo, miembro de la Sociedad Teosófica, y primer Presidente de la Rama establecida en esta ciudad, desde 1894.

Mujer de gran inteligencia, ilustración vasta y carácter austero, la Sra. Martínez ha tenido ocasión de prestar distinguidos servicios á la causa teosófica, con la propaganda, con el ejemplo y con la abnegación de su vida, dedicada mucho más á la causa que á la satisfacción de sus anhelos personales.

La Sra. Martínez llegó á Buenos Aires en 1892. En aquella época, la literatura teosófica era desconocida en ese centro más comercial y político que, dado á las especulaciones del espíritu, y salvo excepciones muy poco numerosas, era ignorada la existencia de una Sociedad Teosófica en el mundo. Ha sido ella la que ha hecho circular, entre gente preparada, los primeros volúmenes con las enseñanzas teosóficas de H. P. Blavatsky y A. Besant, como muchos de los interesantes opúsculos y artículos de Francisco Montoliu — el abnegado filántropo y teósofo español — su amigo y su colega, por la inteligencia y por el corazón.

Fundada por fin en Buenos Aires una Rama teosófica, gracias á la propaganda incesante y á la inteligente acción de la Sra. Martínez, se constituyó, bajo su presidencia, un grupo de personas preparadas para los estudios teosóficos, y vinculados todos por afectos, convicciones y esperanzas comunes.

La Sra. Martínez era, no sólo un intelecto cultivado y un corazón poblado de sentimientos generosos, sino que era á la vez un verdadero temperamento psíquico, reforzado por una conciencia tranquila y firme; una vida pura, extraña en todo á las perturbaciones del mundo, y un corazón verdaderamente abnegado. Muchos estudios serios, coronados por resultados verdaderamente satisfactorios, han podido realizarse gracias á su intervención, que jamás negó á sus amigos y compañeros de causa; aun en los últimos tiempos en que su salud, ya delicada, hubiera sido un motivo muy suficiente para suspender todo trabajo y reposar de sus tareas.

Con la muerte de la Sra. Martínez, la Rama teosófica de Buenos Aires pierde á su fundador, al par que á uno de sus miembros más distinguidos; pero queda su ejemplo, el anhelo de imitar sus sentimientos de altruísmo y de fraternidad, y algo así como el perfume de aquella alma escogida que ha llenado con heroica resignación una vida abnegada, y no deja tras de sí más que recuerdos de cariño y vínculos de fraternidad.»

REVISTAS RECIBIDAS DURANTE EL MES ÚLTIMO

Le Lotus Bleu. — Hemos recibido los números de Abril y Mayo de esta importante revista, con un sumario, el primero que encierra artículos tan interesantes como «El Ocultismo y las Artes ocultas», de H. P. Blavatsky; «El Panteísmo», del D. Pascal; «El Congreso de la Humanidad» y continuación de la «Evolución Cósmica», de la DOCTRINA SECRETA; el segundo comprende un artículo de Mr. D. A. Courmes, titulado: «Final de un ciclo y principio de otro», y el «Cuerpo del Deseo», por Bertram Keightley.

Lucifer. — Sigue favoreciéndonos dicha revista con su número de Mayo, en el que aparecen la continuación de «Reencarnación», por A. Besant, y los artículos «Plantas, insectos y pájaros», por J. G. O. Tepper; «El Sabio y los Tres Jóvenes», por Mrs. Haig, y otros no menos interesantes.

Mercuri. — Su número de Mayo no desmerece en nada á sus anteriores, y se ocupa mucho del movimiento teosófico.

También nos han favorecido: *Journal of the Maha-Bodhi-Society*, de Calcuta; *La Campana del Mattino*, de Nápoles; *La Ciencia del siglo XX*, de Madrid; *El Mortero*, de Madrid; *La Constancia*, de Buenos Aires; *Gazzeta Magnetico-Scientifica*, de Bologna; *Metaphysische Bundschau*, de Jehlendorf-Berlín; *The Theosophical News*, de Boston; *Luz Astral*, de Buenos Aires; *Moniteur*, de Bruselas; *Revista Masónica*, de Buenos Aires; *La Consecuencia*, de San Martín de Provensals; *Archivos de Gineopatía, Obstetricia y Pediatría*, de Barcelona; *Revista Spirita*, de la Habana; *The Pacific Theosophist*, de San Francisco de California; *La Irradiación*, de Madrid; *The Arya Bala Bodhini*, de Madras; *Nova Lux*, de Roma; *La Nuovissima Antologia Italiana*, de Nápoles; *Le Phare de Normandie*, de Rouen; *El Grano de Arena*, de San José; *Sbornik pro Filosofii Mystiku a Okkultismus*, de Praga; *La Revelación*, de Alicante; *L'humanité Intégrale*, de París; *Aurora do Cavado*, de Barcelos; *El Altruismo*, de Gibraltar; *The Theosophist*, de Madras; *El Boletín Musical*, de Madrid; *La Unión Espiritista*, de Barcelona; *El Trabajo Nacional*, de Barcelona; *A Luz*, de Lisboa; *El Heraldo*, de Figueras; *La Lumière*, de París; *Revista de Estudios Psicológicos*, de Barcelona; *Modern Astrology*, de Londres; *La Juventud Hondureña*, de Tegucigalpa; *La Escuela Práctica*, de Ciudadela de Menorca; *El Eco de Hellín; La Tempestad*, de Segovia; *XX de Septiembre de 1870*, de Buenos Aires; *El Pabellón Nacional*, de Valencia; *El Centinela*, de Linares; *La Ciudad Lineal*, de Madrid; *El Progreso*, de Barcelona, y otros varios que sería largo enumerar.

LIBROS

Nuevo método de sumar con rapidez, por D. Felipe Navarro é Izquierdo; de venta en todas las librerías, al precio de *1 peseta*.

1.º y 2.º folletos, titulados: **Los crímenes del carlismo,** que publica *El Motín*, y expende al ínfimo precio de *15 céntimos*.

También del mismo semanario hemos recibido la interesante obra **Ciencia y Religión,** por Malvert, ilustrada con 85 grabados, intercalados en el texto, y se expende al precio de *2 pesetas*. Recomendamos esta obra por ser de utilidad para los que estudian las religiones de todos los pueblos.

Agradecemos á nuestros colegas la atención que han tenido al remitirnos los libros citados.

Revistas Teosóficas.

The Theosophist. Publícase mensualmente en Adyar (India). Direcr. H. S. Olcott. — Precio de suscripción en Europa, una libra esterlina.

Lucifer (1). Publicación mensual, editada por A. Besant y G. R. S. Mead. — Precios de suscripción, 17 s. 6, 26, Charing Cross, London S. W.

Le Lotus Bleu. Revista mensual. Dr. Pascal y Dac. Librairie de l'Art Indépendant, 11, rue de la Chaussée-d'Antin, París. 12 fr.

The Buddhist. Publicación semanal, editado por A. E. Buultjens, B. A. — 61. Maliban Street Colombo año 10 shilings (Ceilán).

Teosofisk Tidskrift. Revista mensual, editada por el Barón Victor Pfeiff, y publicada por Loostrom & Co. Stockolm.

The Váhan. Revista mensual, editada por G. R. S. Mead. 19, Avenue Road, Londres, N. W.

The Prasnottara. Revista mensual, editada por Bertram Keightley, M. A. Benares.

Theosophia.—Revista mensual. Amsteldijk, 34. — Amsterdam.

Mercury. — Revista mensual editada por William John Walters, Palace Hotel, San Francisco de California. Precio: 50 centavos al año.

The Theosophic Gleaner. Bombay.

Journal of the Mahâ-bodhi Society. Mensual. Mahâ-bodhi Society, 2, Creek Raw, Calcutta, año 4 s.

(1) «Lucifer no es ningún titulo Satánico ni profano. Es el latín *Luciferus* el que ilumina, la estrella matutina, y era un nombre Cristiano en los tiempos primitivos, llevado por uno de los Papas. Adquirió su asociación actual únicamente gracias al apóstrofe de Isaías: Cómo has caido de los Cielos, ¡Oh, Lucifer, hijo de la mañana! De aquí Milton tomó Lucifer como el título de su demonio del orgullo, y el nombre del puro y pálido heraldo de la luz del día se ha hecho odioso para los oídos Cristianos.»

«Yo, Jesús... soy la resplandeciente, la estrella matutina *(Lucifer)*.»

Véase 2.ª de Pedro I., 19, y Apocalipsis XXII, 16.

NOTA

Los señores suscriptores recibirán con este número el segundo pliego de la obra *Historia de los Atlantes.*